

JUAN RAMEAU

ROSALINDA (1)

Los ojos de Rosalinda
son como la primavera;
á su fulgor los rosales
todas sus flores despliegan,
y diz que donde ella pisa
brotan lirios y azucenas.

El rostro de Rosalinda
es tan alegre, que al verla,
cual si la brillante aurora
en el cielo apareciera,
gozosas aleteando,
todas las aves gorjean.

Cuando Rosalinda el agua
de un arroyo manosea,
tal encanto y regocijo
la corriente experimenta,
que de pomposos nenúfares
se engalanan sus riberas.

Cuando Rosalinda pasa
por las rústicas veredas,
las manos junta el anciano
que en su camino la encuentra,
y un rayo de luna clara
en su alma triste penetra.

Un príncipe poderoso,
que veinte años no más cuenta,
desciende todas las tardes
de lejana fortaleza
á la hora en que Rosalinda,
la de ojos de primavera,

en una límpida fuente
su pulcro cántaro llena.

El príncipe no le habla...
(¡quién á tanto se atreviera!)
Para pronunciar su nombre
sin menoscabo ni mengua,
los arrullos de las tórtolas
apropiados no más fueran.

El príncipe á Rosalinda
nunca, medroso, se acerca:
felicidad tan cumplida
no hay nadie que la merezca.
Un cordero todo blanco,
de inmaculada pureza,
ese, tan sólo sería
digno compañero de ella.

Mas, cuando la ve inclinada
sobre la fuente indiscreta,
absorto y embebecido,
desde alta roca contempla
su peregrina hermosura
que en el cristal se refleja;
y cuando gozosa marcha
atravesando la selva,
que arroja lluvia de flores
sobre sus doradas trenzas,
acércase receloso,
los sedientos ojos cierra,
y bebe ansioso del agua
que copió su imagen bella.

(1) El nombre de *Mirette* que dió el autor francés á la ideal protagonista de esta poesía no tiene traducción castellana; por eso lo he cambiado, buscando otro que suene bien en nuestra lengua. (Nota del traductor.)

PLEGARIA AL SOL

En nombre de la luz brillante y pura,
en nombre de los cielos;
en el nombre de Arturo, el astro de oro,
el astro del hechizo y del misterio;
en el nombre de Sirio, el astro blanco,
que comienza á brillar, y del que tétrico
arde cárdeno y rojo,
Aldevarán, el astro medio muerto:
¡oh sol!, ¡oh Padre de las nueve Tierras,
Rey triunfal del cerúleo firmamento,
á quien escoltan, á su ley sumisos,
estrellas y luceros;
á quien la flor dirige sus pupilas
en los prados y yermos;
audaz cabalgador del amplio espacio,
pastor que guías el tropel espléndido
de las esferas por ignotas vías,
como rebaño inquieto
que hacia la luz lejana
balando va y mugiendo;
crisol gigante donde hierve el alma
de todo el Universo;
corazón luminoso y formidable,
cuyo latir, en explosión de fuego
nos irradia la Vida, la Esperanza
y el Amor; cuyos flancos, siempre llenos
de huracanes de júbilo, despiden,
arriba, el puro azul, límpido y sereno
en que navega el mundo, y aquí abajo,
los éxtasis que ensanchan nuestro pecho;
¡oh sol!, que como á tiernas desposadas
enciendes en rubor con tu astral beso
los opacos planetas; á quien llora
la Tierra, con su llanto humedeciendo
tu ocaso, y á quien canta
himnos de aurora al matinal regreso;
¡oh sol!, á quien los pájaros consagran
sus divinos gorjeos
en bosques de jazmines, que te aroman

con su místico incienso;
 ¡oh Sol bendito, á quien, á manos llenas,
 como tributo ingenuo,
 sus flores sonrosadas te consagran
 los manzanos del huerto;
 á quien con siete cantos glorifica
 el prisma; por quien sube al alto cielo
 en rizos de humo el pálido holocausto
 del crepúsculo incierto;
 á quien ofrecen los altivos montes
 con esplendores épicos
 florescencia de nieve immaculada
 sobre sus brazos negros;
 á quien sonrien las marinas olas;
 por quien florecen los cerrados pétalos;
 por quien ruge el león, y en coros santos,
 del alma humana soberano esfuerzo,
 surgen los ritmos de oro
 del poeta genial, y alzan el vuelo;
 ¡oh sol!, entristecidos te imploramos.
 ¡Escucha nuestro ruego!
 Y las áureas estrellas, tus hermanas,
 las de tu augusto séquito,
 oigan también la voz de los humanos,
 oscuros grillos de chirriar molesto.
 Pues nos tuviste en tu feliz regazo
 y nos lanzaste á este árido destierro,
 haz sobre nuestra frente pensativa
 volar las aves, y que blando asiento
 dé á nuestro pie llagado el verde césped;
 haz que el Bien surja en nuestro amante seno,
 que florezca el Candor en nuestra vida
 como azucena, y que el Abril risueño
 brinde la flor de la silvestre menta
 al diminuto insecto,
 cuyo invisible enjambre
 al aire arrastra en caprichoso vértigo.
 Haz que el racimo en nuestra vid sazone,
 que las rosas nos den su dulce aliento;
 que broten y que brillen
 en nuestro pobre y lóbrego cerebro,
 cual bellas mariposas,
 sublimes pensamientos;
 que al árbol que plantamos

dé tu calor fecundo frutos nuevos;
 que dé á nuestra bandera
 del triunfo y de la gloria los reflejos;
 defiende al vencedor, de las hermosas
 y sus ósculos tiernos,
 guarda de las sonrisas
 del niño á sus abuelos.
 Y cuando nuestras vidas
 siegue la muerte, segador horrendo,
 ¡bendito sol, que arrojas á la tierra
 en raudales benéficos
 toda la vida, toda la esperanza,
 todo el amor, si es cierto
 lo que bárbara ciencia nos inculca,
 si no han de despertar jamás los muertos,
 si nunca ¡nunca! volverán á verse
 los que la tumba separó, á lo menos
 (¡cual suprema merced te lo pedimos!),
 piadoso junta los dormidos restos
 y haz que, bajo la paz de las estrellas,
 germinen y florezcan, dando al viento
 ramilletes de azules campanillas,
 como último recuerdo,
 en nombre de la luz brillante y pura,
 en nombre de los cielos;
 en el nombre de Arturo, el astro de oro,
 el astro del hechizo y del misterio;
 en el nombre de Sirio, el astro blanco
 que comienza á brillar, y del que tétrico
 arde cárdeno y rojo,
 Aldevarán, el astro medio muerto.